



ser de otra manera, porque los oficinistas de la Contratacion y el miserable Fonseca, hombres sin piedad, eran ineptos para el caso, y no conocian que sus malos procederés sólo servian para ensalzar y engrandecer á su inocente enemigo, y que lo glorificaban á los ojos de la posteridad cuando creian haberlo humillado y abatido á los del rey. Empero, para ser justos, fuerza es reconocer que cristianos de gran mérito, como el cardenal Cisneros y el sabio dominico Deza, entreveian el sello misterioso de su destino. Otros, que vivian léjos de la córte, tambien se hallaban en ese caso, y en este número debemos comprender al noble lapidario de Búrgos y á muchos teólogos y glosadores españoles, que se han maravillado de la relacion mística que existe entre los actos de Colon y ciertas palabras de los libros sagrados. Reconoce el P. Acosta que varios pasajes de Isaías, entre otros el capítulo LXVI, pueden aplicarse al descubrimiento de las Indias, y dice: «Varios autores doctísimos declaran que todo este capítulo se entiende de las Indias» (1). El cardenal de Verona, el gran Valerio, exaltaba implícitamente, en su libro *De Consolatione*, la mision del heraldo de la Cruz; y Maluenda, Tomas Bozio, Fr. Basilio Ponce de Leon, Botero, el P. Tomás de Jesus, Solarzano, Herrera, todos los que han estudiado detenida y concienzudamente la época, han quedado persuadidos de la mision conferida por Dios al almirante, no sin admirarse y sorprenderse de que sus bajeles y hasta sus blasones hayan sido anunciados por el Príncipe Profeta.

Nueve son los pasajes de las Santas Escrituras que pueden aplicarse claramente á la descubierta del Nuevo Mundo. El trascurso del tiempo ha servido para poner más de manifiesto esta relacion y esclarecer sus aplicaciones, particularmente en lo que respecta á los destinos del pueblo americano, como se advierte leyendo desde el versículo 12 en el capítulo LX de Isaías, en el que, despues de haber expuesto las cosas sorprendentes que contienen los cuatro versículos anteriores, pronuncia el pro-

(1) *Historia natural y moral de las Indias*, lib. I, cap. XV.

feta acerca de las naciones de Ultramar que no practiquen el culto divino estas terribles palabras: «Pueblos y reinos perecerán.» Y como el anuncio de tan terrible castigo no concernia á una época próxima, añade estas palabras del Altísimo: «Yo, que soy el Señor, ejecutaré todo esto en su tiempo,» es decir, en la época prefijada en los eternos decretos (1). Á las almas generosas, penetradas de la verdad divina, no parecerá en manera alguna extraño que la mision del revelador del globo, suceso que de una manera tan profunda debia de modificar las condiciones futuras de la humanidad, haya sido demostrada al profeta á quien fué revelado el Mesías. Á los hombres que no quieren remontarse á tanta altura y exigen testimonios más recientes les diremos que, además de los documentos escritos, existe aún en nuestros días la prueba de un anuncio olvidado, de un misterioso presentimiento del pueblo relativo á la mision del almirante, y con lealtad les advertimos que, sin Colon, la misteriosa figura que vamos á demostrarles quedaria inexplicable.

Á las revelaciones de Israel ha sucedido una profecía cuyo autor, origen, fecha y lengua se ignoran, pero que, no obstante, una no interrumpida tradicion ha traído hasta nosotros. Esta profecía misteriosa, sin texto escrito, sin autor conocido, que salió sin saberse de dónde, como los rumores que conmovieron al pueblo romano ántes del nacimiento del Salvador, se produjo bajo la forma de una tradicion anónima, colectiva tal vez, pero altamente popular.

Esta tradicion se personificó por medio de las artes, se colocó en los templos de Antioquia y de Bizancio, en las antiguas iglesias de estilo romano, y de éstas pasó á los monasterios, á las abadías, hasta á las catedrales góticas, en pintura y escultura á un tiempo, y una piadosa creencia hizo adoptar, como conmemoracion de lo pasado, tan simbólica imágen del porvenir. Hablamos de la efigie colosal de San Cristóbal y de su leyenda popular. Convendrá tener presente que San Cristóbal era el patrono del revelador del globo. Ahora narremos la his-

(1) *Isaías*, cap. LX, v. 12.



toria verdadera de este santo, para mejor apreciar en seguida el significado de sus atributos.

Ofero, de nacion sirio, era un pagano de atlética estatura, una especie de Goliath, orgulloso de su fuerza y que no queria servirsino al más poderoso rey de la tierra. Á causa de haber sido testigo de un milagro se convirtió al cristianismo, y en el ardor de su fe no quiso recibir otro nombre que el de Porta-Cristo, esto es, *Christophorus*. Bautizólo San Babylas, obispo de Antioquia, y Cristóbal predicó la palabra de Cristo en su tierra, junto á la Palestina, y en muchas otras partes del Asia Menor, viajando siempre ocupado en difundir el Evangelio, hasta el momento en que, reducido á prision por los emisarios de la idolatría, durante la persecucion del emperador Decio, selló con su sangre la cruz que tan denodadamente llevó en vida.

Poco tardó en celebrarse su martirio en el Oriente; y los eoptos, lo mismo que los griegos, le rindieron culto. San Ambrosio lo preconizó, y de esta suerte se halla en los más antiguos martirologios. Constantinopla tuvo en otro tiempo dos iglesias á él dedicadas, el Breviario mozárabe, atribuido á San Isidoro de Sevilla lo menciona; en la época de San Gregorio Magno habia en Sicilia un monasterio bajo su advocacion; en el siglo VII, Toledo y otras ciudades de España, poseían reliquias del mártir, y en Paris, la parroquia de su nombre, era una de las más antiguas de la ciudad.

Nada más auténtico y exacto que esta historia de San Cristóbal; nada más cierto que la antigüedad del culto que se le tributa desde el siglo IV de la Iglesia; y sin embargo, si nos detenemos á considerar de qué manera principió á honrarlo la piedad de los fieles, no hallaremos la más mínima relacion entre los actos apostólicos de su vida y los atributos con los cuales se le representa. Su efigie es la de un santo de colosal estatura, cuya actitud no expresa ciertamente ni doctrina, ni penitencia, ni martirio, porque ni parece orar, ni hablar, ni sufrir. Tampoco está inmóvil; que marcha al traves de las aguas, llevando á Jesus niño sobre sus espaldas. Ciertamente que, en esta imá-

gen del confesor de la fe, nada recuerda el apostolado ni el martirio; y que, como así no puede atribuirse esa representación á los acontecimientos de la vida del santo, no hay duda que se refiere á su nombre, al cual, en virtud de su simbolismo, se ha dado una expresion que, no pudiendo referirse á lo pasado, fuerza es considerar que se refiere á lo futuro. Implica esto necesariamente la existencia de una profecía, largo tiempo en olvido, de un misterioso anuncio cuyo origen se ignora en la actualidad, pero sobre el cual se ha tallado el tipo de San Cristóbal, como primero lo representó el Oriente y despues lo conserva el Mediodía de la Europa cristiana. De aquí puede muy bien inferirse que esta profecía fué, tal vez, contemporánea del martirio de San Cristóbal, y que su imágen sea la reproduccion literal, esculpida, de la profecía en que el primero que tomó el nombre de Porta-Cristo anunció el tiempo en el cual un grande hombre, que se llamase Cristóbal, trasportaria real y verdaderamente la ley de Jesucristo á traves de la mar oceána, explicándose así como al dar el genio oriental al santo mártir, el emblema del santo viajero prometido, lo revistió de las formas de un hombre de proporciones colosales, en relacion con lo gigantesco de su obra. Por una excepcion sin ejemplo en la iconografia sagrada y los usos del culto, adoptó la piedad popular estos emblemáticos atributos del porvenir; y la Iglesia dió asilo á las colosales figuras de San Cristóbal, que representaban el futuro apostolado de un grande hombre que llevaria á Cristo. Es, pues, evidente, primero que una misteriosa tradicion ha dado origen á esta figura simbólica que anuncia lo futuro, en vez de recordar lo pasado; que para ello lo ha despojado de todos los recuerdos de la vida apostólica y de la palma del martirio, representándola únicamente en donde jamas estuvo, es decir, en la mar, y en la actitud de atravesarlo, cuando es sabido que no evangelizó sino en la tierra; y segundo, que á causa de haberse perdido la tradicion de esta profecía, origen de la figura colosal de San Cristóbal, se ha compuesto con posterioridad sobre la misma efigie una piadosa leyenda, que ha sufrido alteraciones y reci-



bido las variantes exigidas por el tiempo y lugar. Es tambien positivo que en el Oriente tuvo principio esta tradicion, y que allí se levantaron las primeras iglesias y estatuas dedicadas á San Cristóbal.

Veamos, ahora, de qué modo se nos representó primero á San Cristóbal, y cómo ha esculpido su nombre el cincel iconográfico de los estatuarios. Siempre se representa á San Cristóbal bajo la forma de un gigante con el Niño Jesus sobre las espaldas, pasando el mar con el agua hasta las rodillas, y apoyado en el tronco de un árbol frondoso, con hojas y raíces. Descompongamos este emblema, y las partes nos darán el significado del conjunto. Este santo de formas colosales es un gran cristiano, un héroe del catolicismo; lleva al otro lado del mar á Jesus Niño; es decir, la aurora del Evangelio á la nueva tierra. El Niño tiene en la mano la esfera del mundo superada de la cruz: esta esferoidad del globo reasume de antemano el sistema completo del descubrimiento, y la cruz puesta sobre él anuncia la efusion del Evangelio por todos los pueblos. El gigante católico, con la frente ceñida de la aureola, indicio de la santidad, se apoya, al atravesar las aguas, en un tronco de árbol floreciente, cargado de hojas y frutas que recuerda la vara florida de Aaron, la raíz de Jesé, el tronco del árbol santo, el madero en que se redimió al mundo. Este árbol tiene en la copa palmas de dátil, características de Oriente, y al pié raíces, imagen de la trasplatación, del nuevo cultivo. Además, la antigua divisa de San Cristóbal, que expresa la bondad del apóstol y la buena nueva de que es portador, y que dice: *Qui te mane vident, nocturno tempore rident*, implica el movimiento futuro, el viaje por venir, y no puede en manera alguna referirse á lo pasado.

Con el trascurso del tiempo, despues de las irrupciones de los vándalos y arrianos, se hizo esta estatua de difícil inteligencia á muchas gentes, y con tal motivo se ideó en Alemania y en otros países del Norte una leyenda que pudiese explicar la figura y estuviese en relacion con la vida del santo. Fué, despues, modificándose los accesorios de la efigie; en lugar

de un misionero llevando á Cristo, se imaginó un ermitaño ocupado en trasladar viajeros al traves de un torrente; y como tal empleo en una época en que tan pocos puentes existian para la comodidad de los peregrinos, podia ser de verdadera utilidad, se ha hecho de San Cristóbal, á causa de la robustez de sus espaldas, el precursor de los constructores de puentes, que se dedicaban modestamente á este trabajo, siguiendo el ejemplo del jóven pastor San Benezet, á quien el condado veneciano debió el puente de Avignon. Tambien se dice que Jesucristo, para probarlo, fué una noche en su busca en forma de niño, y le pidió que lo pasase al otro lado del torrente, y que el santo, algo contrariado de que lo incomodasen en aquella hora, lo tomó sobre los hombros, reconociendo en el peso enorme y progresivo de la criatura que llevaba al Señor del mundo. La misteriosa tradicion, al llegar á los bosques de la Germania y á las brumosas orillas del Norte, tomó el carácter de una leyenda vulgar, de una anécdota cristiana hecha para distraer las veladas del invierno: el mar se trasformó en río; San Cristóbal lo cruza con el Niño á cuestas; en una de las orillas hay un ermitaño con algunas reliquias en la mano, y cerca de la ermita, y en la otra orilla, un aleman á caballo que se dirige al molino, cuya rueda hidráulica se vé. Esta última version de la leyenda tudesca ha sido reproducida, por medio de la pintura, en una multitud de iglesias del Norte, en las orillas del Rhin, en Baviera, Bélgica, Alemania y el centro de Francia, y no há mucho la hemos hallado en Borgoña entre las pinturas murales del coro, en la antigua abadía de los Benedictinos de San Sena, una de las que mejor se conservan de la edad media. Tan generalizada se hallaba en Europa esta figura, simbolo de una leyenda piadosa, que fué asunto del más antiguo grabado de madera que haya llegado hasta nosotros, con fecha.

La estampa que se conserva en la biblioteca imperial en la seccion de grabados lleva la fecha de 1423, y nos ha parecido copia fiel del fresco de la abadía de San Sena, reproducido con muy cortas alteraciones en la mayor parte de las iglesias del Norte. Pero no es en el



Norte donde se debe buscar la exacta pintura del coloso San Cristóbal, sino en el Mediodía, próximo al país de donde es originario; allí es donde se halla el verdadero gigante con el niño Jesus sobre los hombros, pasando el mar con el agua hasta la cintura, llevando á guisa de baston el árbol místico que va á trasplantar, ó la cruz que traslada á la otra orilla; y de tal manera está revestido de sus atributos de misionero, que, pendiente de la cintura, tiene la calabaza. Entre todas las naciones católicas España fué la principal en multiplicar las efigies, capillas é iglesias de San Cristóbal, y puede asegurarse que ninguna otra nacion posee de tan antiguo ni en tantos altares reliquias del mártir, ni elevó tan grandes estatuas al santo que debia pasar el mar. Agréguese á esto una antigua tradicion que se remonta al siglo XII y que el almirante recordó despues de su tercer viaje (1), la cual señalaba á España como predestinada á dar cumplimiento á una gran mision religiosa. Tambien en su *Historia natural y moral de las Indias*, el P. Acosta, cuyo talento profundo y generalizador ha sido reconocido por Humboldt, dice que «habia sido profetizado de muy antiguo que el Nuevo Mundo debia de ser convertido á Jesucristo por la nacion española.» ¿No es singular y extraño que se designase para esta obra evangélica á un pueblo situado entre las montañas y el mar, y que, de consiguiente, no podia extenderse sino por el Océano, para difundir la luz de la verdad más allá de la Mar Tenebrosa? En efecto, de España, donde tanto se habia honrado á San Cristóbal, partió el mensajero de la Buena Nueva, llevando la cruz al otro lado del mar. Y es tan natural y sencillo el ver en la mision católica del almirante la explicacion de la figura emblemática de San Cristóbal, que el primer geógrafo de la época del descubrimiento, Juan de la Cosa, reconocido como tal por la reina Isabel (2), al dibujar la carta del Nuevo Mun-

do y mostrar así el moderno progreso geográfico debido á Colon, en vez de poner el nombre del vencedor de la Mar Tenebrosa pintó la figura simbólica del santo, con el niño Jesus sobre sus hombros, porque, á sus ojos, la prediccion contenida en esta religiosa imagen se habia realizado al fin (1). Es tambien de notar que, despues de verificado el descubrimiento, las estatuas que se hacen de San Cristóbal no son tan colosales, ni tan numerosas sus capillas, y que si bien es cierto que se conservan las existentes, es muy raro que se erijan nuevas bajo su advocacion. Esto debe atribuirse á que la efigie ha recibido su explicacion. Púedese ya, pues, devolver al mártir de la Siria la palma de su triunfo, la corona de su victoria, que sólo nos queda en él el mártir de Jesucristo, y el autor ó la causa de la misteriosa profecía que Colon, el revelador del globo, recibió encargo de cumplir.

No debe juzgarse á Colon como se juzgaria al emperador Enrique III, á Cromwell, ó á Federico el Grande por el estudio de los hechos de su vida; porque una serie de acontecimientos extraordinarios, un concurso de maravillosas coincidencias, forman parte de sus empresas de navegante, de sus actos administrativos, y porque la naturaleza de su ingenio y su carácter religioso lo ligan más al cielo que á la tierra. El contemplador del Verbo, el heraldo de la cruz, el que se prometió libertar el Santo Sepulcro, lleva en todos sus actos el sello de su apostolado; el embajador de Dios á las na-

la Cosa: «Creo que lo sabrá hacer mejor que otro alguno.» *Legajo de la Cámara*, n.º XLII.

(1) Esta preciosa carta, trazada por Juan de la Cosa en el Puerto de Santa María el año 1500, y que poseía Mr. Walkenaer, ha sido recuperada por el gobierno español. Mr. de Humboldt ha publicado una copia en la última edicion de su *Historia de la Geografía del Nuevo Continente*, y en ella se ve la imagen de San Cristóbal despues de haber pasado el mar con el niño Jesus. Mr. T. Denis cree que Juan de la Cosa se propuso reproducir en el rostro del santo las facciones de Colon. Nosotros tambien somos de su opinion, y tememos que lo propio suceda al editor de Herrera, porque el retrato grabado por Bouttats que adorna su edicion de 1628, no pareciera sino una copia en tamaño grande de la miniatura de San Cristóbal en la carta de Juan de la Cosa.

(1) «El abad Joachin Calabrés dijo que habia de salir de España quien habia de reedificar la casa del monte Sion.» *Libro de las Profecias*, fól. IV.

(2) La reina católica, en una carta fechada en Alcalá el 5 de Julio de 1503, decia designando á Juan de



ciones desconocidas, se distingue de los demás hombres por el carácter augusto de su misión divina. Se comprende que algo misterioso y sublime se mezcla y confunde con su vida, y se ve que lo dramático y lo poético forman parte de su existencia, y que, cuanto le atañe, se ennoblece; sus tribulaciones y congojas por su persistencia, tanto pertenecen al dominio de la epopeya como al de la historia; sus dolores se immortalizan, y los miserables, ingratos y envidiosos, cuya insignificancia misma destinaba al olvido, se conmemoran en la historia por el sólo hecho de haberse encarnizado con el heraldo de la cruz, para que sus nombres pasen á la posteridad cubiertos de infamia. Pero también aquéllos que le sirvieron lealmente ganaron á su contacto la inmortalidad, y sus nombres no podrán ser borrados de los anales del mundo. Todo cuanto es de él ó por él, se convierte en útil y glorioso; los títulos de nobleza conferidos á sus hermanos no los engrandece tanto como el nombre de hermanos de Colon; su fiel escudero Diego Mendez, obtiene también cédula de nobleza, pero es más ilustre aún por la admiración que infunde en los corazones generosos; su mayordomo, Pedro de Terreros, es herido mortalmente en su defensa, pero antes alcanza la inmortalidad, porque Colon le reserva la gloria de ser el primero que pise el Nuevo Continente; su intérprete indio, triste idólatra rescatado por el bautismo, el lacayo Diego, casa con la hermana del más noble de los soberanos de Haití; su intérprete castellano, Cristóbal Rodríguez (a) La Lengua, adquiere gran importancia; sus criados llegan á ser oficiales, sus oficiales navegantes, sus primeros pilotos alcanzan hacerse célebres, otros ocupan puestos de confianza ú honrosos empleos, como Sanchez de Carvajal, que fué nombrado guardia de la persona, mientras su compatriota Bartolomé Fieschi asocia su nombre á la gloria imperecedera de sus postrer expedición. Si no hubiese tenido relaciones con el almirante, ¿quién recordaría al jurisconsulto Nicolás Odérigo, por más que hubiese sido enviado de la Serenísima República? ¿Ni habría pasado los Pirineos la fama del generoso dominico Diego de Deza, y del sabio teólogo

Fr. Gaspar Gorrico? Después de haber hecho un papel brillante en la corte ilustrada de Isabel la Católica, ¿no estaría hoy olvidado el nombre de Pedro Mártir de Angleria, si no se hubiese ocupado de Cristóbal Colon? Lo propio habría sucedido con el médico García Hernández, de Pálos, y el doctor Chanca, de Sevilla, si su fe y confianza en él no los hiciera seguirle á las regiones del Nuevo Mundo, como Juanoto Berardi, á quien de corredor de buques convirtió en cosmógrafo, y Amérigo Vespucci, que de tenedor de libros hizo casi un rival. Del propio modo, por haber acogido generosamente al pobre viajero, cuando llegó casi desfallecido á las puertas de la Rábida, la Orden Seráfica, que sólo ambiciona el privilegio de la humildad, se vió investida de los honores más altos y participó, hasta el fin, de la gloria del descubrimiento, recibiendo los hijos de San Francisco el premio de los valientes. El primer sacerdote que celebró el Santo Sacrificio de la Misa sobre el Océano, el primero que pisó la nueva tierra, el primer religioso que admiró la naturaleza en Cuba, en la Jamáica, en los jardines de la Reina y del Evangelista, y el primero que predicó en indio el nombre del Señor y promulgó la ley de Jesucristo y la autoridad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, fueron franciscanos. También la Orden Seráfica tuvo la gloria de administrar el primer bautismo, de erigir el primer convento y de dar el primer prelado á la Española, así como de su orden salió el primer mártir del apostolado en el Océano.

A pesar de haber figurado Colon en la escena del mundo al principiar el renacimiento, nada tiene de su época, antes al contrario, se adelanta á ella por la intuición y la ciencia; así como su fe completa, implícita y ferviente, revestida del carácter militante y caballeresco es de la edad media, al propio tiempo que participa tanto de las cosas primitivas y fundamentales del Catolicismo, que mas parece un héroe del Evangelio, un profeta, un patriarca que un paladín de Palestina. En vano la literatura profana, resucitada por medio de la imprenta, seduce los ingenios de Italia y Francia, invade á Castilla, tienta á los mismo sabios de la ciudad eterna



con sus alusiones mitológicas; el mensajero de la cruz no transige con el error, ni se permite la más leve concesión al espíritu de la época; y en sus relaciones con los propagadores del heilenismo y de la bella latinidad continúa siendo lo que era en su infancia, en Génova, y después en la mar, es decir, el discípulo del puro catolicismo. Este respeto á su fe, esta ortodoxia de su lenguaje, dice mejor que todos los comentarios, hasta qué punto se hallaba penetrado el discípulo del Evangelio, del sentido de las cosas divinas, y cuán grande era el convencimiento que tenía de su misión providencial, para lo que no parece sino que Dios se complació en señalarlo desde su nacimiento á semejanza de aquellos héroes á quienes llamó por su nombre. Nunca se compara este discípulo de la cruz con los grandes hombres de Grecia y Roma, con las celebridades, en fin, de la antigüedad profana, y si asimila su destino á algun otro alude á los varones del Antiguo y Nuevo Testamento: una vez parece fundar la pureza de su fe, lo atrevido de su empresa en el ejemplo de San Pedro, y dos veces compara las gracias con que su divina majestad lo había colmado, á los favores que recibieron Moisés y David; pero particularmente á la misión del legislador de los hebreos es á la que él comparaba la suya. ¿Era fundado este parangón, por lo demás ageno de toda vanidad personal? Aun cuando nos falta espacio para examinar de una manera debida punto tan árduo, diremos en primer lugar que, entre el almirante y el jefe del apostolado existen ciertos rasgos exteriores de semejanza. Porque, si bien en lenguas diferentes, uno y otro tuvieron el mismo nombre patronímico: San Pedro era hijo de Barjona, esto es, Paloma, y Cristóbal de Colombo, *Columba*, esto es, paloma; uno y otro vivieron primero del producto de la mar, el primero recibió de Cristo un nombre que significaba que llevaría la Iglesia, el segundo recibió de la Iglesia un nombre que significaba que llevaría á Cristo; Pedro representaba la firmeza de la base, la inmutabilidad del fundamento; Cristóbal la dilación de los dominios de la Iglesia, la propaganda de la Cruz.

Además, si consideramos los puntos de con-

tacto más esenciales que existen entre el destino de Colon y el de Moisés, aparecerá que estos dos hombres extraordinarios dieron cumplimiento á misiones providenciales. La de Moisés la sostiene la Iglesia católica, y la reconocen tanto los judíos como los cristianos; la de Colon la sostiene la evidencia, y algun día será reconocida por todos los hombres de buena fe. En el tiempo señalado por la divina Providencia, esto es, mil y quinientos años antes de Jesucristo, Moisés reconstituye el pueblo de Dios, debilitado por la esclavitud, establece la doctrina verdadera, el culto de Dios único, y aísla á su pueblo para mejor preservarlo del contagio de la idolatría. En el tiempo señalado por la Providencia, mil y quinientos años después de Jesucristo, dilata Colon los términos de la tierra, acerca á las naciones y extiende el dominio de la Iglesia. Entrambos llevaban nombres en extremo simbólicos. Entrambos tenían cuarenta años cuando principiaron á ejecutar el mandato divino. Moisés se separó de Séfora, su esposa, para ocuparse de su misión; Cristóbal vivió lejos de Beatriz para cumplir la suya. El mar se abrió para dar paso á Moisés, y templó sus rigores al paso de las naves de Colon. Moisés llevaba una ley nueva, la ley de la alianza al pueblo escogido; Colon llevaba la nueva ley, la ley de gracia á las naciones llamadas. El primero aplicaba la ley temporal con inflexible rigor; el segundo la ley de gracia, de misericordia, de caridad. Moisés triunfó con el signo de la Cruz (1) de los obstáculos que le oponían los hombres y la naturaleza, y Colon de sí propio y de los demás con el sagrado emblema que llevaba, lo mismo en su corazón que en su nombre, y que tenía en las manos al pisar las fronteras del Nuevo Mundo. Ambos, enviados del Altísimo, recibieron señales visibles de la protección y asistencia divina, y fueron auxiliados de una manera sobrenatural y proporcionada á la diferencia de tiempos y lugares. En recompensa de sus peligros, de sus grandes trabajos y de la libertad que alcanzó para su pueblo, Moisés sufrió amenazas, cons-

(1) Figúndola con las manos levantadas en la montaña, y en el tao que colocó la serpiente de bronce